

Isidra. ¿Es muy malo comulgar sin tener absolutamente ninguna hambre espiritual, ni sensible?

Ifigenia. Bien podéis vosotras conocerlo; supuesto que eso es denotar mucha inapetencia ó disgusto hacia una vianda tan excelente.

Isabel. Y ¿qué remedio hay para eso?

Ifigenia. El mismo que se suele aplicar á los estómagos estragados, ó que abundan en humores.

Isidra. Con ¿qué será preciso recurrir para esto á los Médicos espirituales?

Ifigenia. Sí; y ejecutar con la mayor docilidad y exactitud todo lo que os ordenaren.

Isabel. ¿Y si nos mandaren guardar dieta, ó usar de otros remedios penosos?

Ifigenia. Como vosotras estéis bien resueltas y deseéis recobrar la salud, nada se os hará costoso.

Isidra. Forzoso, pues, nos será el haber de seguir tu consejo.

Ifigenia. Haciéndolo así, comeréis con inexplicables delicias este celestial alimento, y encontraréis en él una dulzura incomparable.

Isabel. Por tomada ya nuestra resolución. Mil gracias por todas tus instrucciones.



CONVERSACION LXX

SOBRE LA COMUNIÓN DE CADA OCHO DÍAS.

Lorenza. Ansiosa estaba yo porque vinieses, para hablarte de una materia que me parece bien importante.

Macaria. Demasiado honor me haces en eso; y cierto, que te lo estimo mucho.

Paulina. Si no estuviéramos bien hechas cargo de tu capacidad; á buen seguro, nadie se apresuraría por oírte.

Macaria. Dejémonos ya si os parece, de cumplidos; y vamos á la substancia.

Lorenza. Pues para no perder tiempo, te diré desde luego, que aunque yo siento en mí un grande atractivo á la Comunión; con todo, no quisiera yo condescender á él en cosa que no fuese conforme á reglas: enséñame, pues, si gustas, cuáles son éstas.

Macaria. Tus disposiciones son tan racionales y tan cristianas, que no se puede menos de admirarlas.

Paulina. Como quiera que yo me siento agitada de este mismo deseo, te hago también igual súplica.

Macaria. ¿Quién será capaz de resistirse á unas expresiones tan llenas de sumisión y modestia?

Lorenza. Instrúyenos cuanto antes, si gustas, acerca de esto, porque lo deseamos ya con impaciencia.

Macaria. Pues no he de ser yo quien os instruya; sino que ha de ser San Francisco de Sales, aquel hombre tan versado en los caminos de Dios, y tan admirablemente dotado de gracia para la dirección de las almas.

Paulina. Y ¿qué disposiciones, dime, son las que pide este gran Sacramento para la Comunión de cada ocho días? Porque ese es el término á que nos proponemos llegar.

Macaria. "Para comulgar constantemente de ocho á ocho días, se requiere, dice este Santo Obispo, (1) "estar exento de todo pecado mortal; no conservar "tampoco la mas mínima afición ó apego al venial; y "tener un grande y vivo deseo de comulgar."

Lorenza. Sobre manera nos animan estas palabras; pareciéndonos ya, que con el socorro de la gracia de Dios, nada hay que sea superior á nuestras fuerzas.

Macaria. Tenéis razón en eso: mas, porque uo ima-

1 Pilot. ó Introduce. á la Vida Devot. part. cap. 20.

ginéis, que es muy corto el camino que hay que andar para esto, habéis de enteraros bien de la extensión que tienen todas estas palabras.

Paulina. Pues en temiendo á Dios, como se debe, fácil es eximirse de caer en pecado mortal.

Macaria. Sí; de esta suerte se piensa cuando no se reflexiona mucho, que el pecado mortal tiene demasiadas puertas por donde entrar en nuestra alma.

Lorenza. Nosotras discurriamos, que solamente había una, que es, el quebrantamiento de algún precepto en materia grave y de entidad.

Macaria. He aquí lo que se llama propiamente responder con ingenio y sutileza, y hablar doctamente y con magisterio: pero, por vuestra vida, decidme: ¿qué precepto había violado aquel Siervo negligente, que, atado de piés y manos, fué arrojado á las tinieblas exteriores; (1) aquellas Vírgenes que fueron desechadas del Esposo para siempre jamás; (2) aquel Obispo del Apocalypsi, á quien Dios estaba ya para arrojar ignominiosamente de su boca, porque su corazón no le podía sufrir. (3)

Paulina. Irresistible es, ciertamente, la fuerza de estos ejemplos.

Macaria. Ya veis, cómo no basta examinarse solamente acerca de los pecados de acción.

1 Matth. 22. 13.

2 Ibid. 25. 12.

3 Apoc. 3. 16.

Lorenza. Pues ¿sobre qué mas es necesario examinarse?

Macaria. Sobre los pecados de omisión, y sobre las disposiciones habituales del alma; que son los pecados sobre que es menester examinarse todavía con mayor cuidado; porque muchos mas cristianos se han perdido por este linaje de culpas, que por las de acción.

Lorenza. ¡Ay Dios mío! Pasmada estoy de las cosas que hoy me vas enseñando: en la vida había yo pensado siquiera en eso.

Macaria. Los ejemplos del Siervo perezoso, de las Vírgenes descuidadas; y de aquel Obispo que se había hecho fastidioso á los ojos de Dios, son demasiado claros y terminantes, para que pueda quedar duda en la materia.

Paulina. A la verdad, es así; y por eso estoy muy lejos de dudar: lo que sí me sucede es, estar asombrada.

Macaria. Pues lo que se necesita es, que esa admiración y ese espanto no sean inútiles; sino que tratéis seriamente de aprovecharos de uno y otro.

Lorenza. Muy buen consejo es ese que nos das; mas para ponerle por obra, era menester que supiésemos, qué cosa son esos pecados de omisión, y esas disposiciones habituales del alma.

Macaria. Los pecados de omisión son aquellos de que nos hacemos reos, por no cumplir con nuestras obligaciones, ó por cumplirlas no mas que imperfectamente. Los pecados de disposiciones habituales son,

ciertos hábitos ó costumbres arraigadas en el alma, que haciéndose poco á poco dominantes, llegan á arruinar insensiblemente la caridad: pecados todos, que apenas se echan de ver, á no tener una perspicacia muy grande.

Paulina. Ese modo de explicarnos las cosas, nos instruye, sí; pero no disipa nuestros temores.

Macaria. Pues no, no les deis mas rienda; porque con el socorro de la Divina gracia conoceréis bien todos estos pecados, y conseguiréis impedir que entren en vuestro corazón.

Lorenza. Mas estos pecados son muy temibles.

Macaria. Es verdad que lo son; pero es menester no temerlos de tal modo, que se pierdan las fuerzas que son necesarias para combatirlos.

Paulina. Con oírte esto, vamos poco á poco cobrando alimentos; y se nos excita el deseo de saber, ¿si es tan difícil tener la segunda disposición, como la primera?

Macaria. Difícil no es; pero sí mas rara; porque ¿cuántas personas hay, que siempre conservan alguna secreta afición ó apego al pecado venial?

Lorenza. ¿Es posible, que eso sea así, como lo dices?

Macaria. ¡Ay de mí! Demasiado cierto es!

Paulina. Pues nosotras estamos en la inteligencia de que no conservamos amor á ningún pecado.

Macaria. Si es cierto que no se le conserváis, ¿en qué consiste que le tengáis tanto miramiento, y que no acabéis de desecharle de una vez para siempre!

Lorenza. No obstante eso, le detestamos cada y cuando vamos á confesarnos.

Macaria. Yo convengo en que así lo haréis; pero regularmente la boca y la imaginación suelen tener mas parte en esto, que el corazón.

Paulina. Es el caso, que á nosotras nos parece, que le detestamos sinceramente y deveras.

Macaria. Si eso es así, ¿por qué no os separáis de él? ¿Acaso puede nadie guardar por mucho tiempo una cosa que aborrece con sus cinco sentidos?

Lorenza. Estas razones son convenientes, y no es posible contrarrestarlas: pero preguntó: San Francisco de Sales, al propio tiempo que prohíbe toda afición al pecado venial, ¿quiere también, que se llegue á comulgar sin esta especie de culpas leves?

Macaria. El Santo no hace mención de eso; y supone, que cada uno procurará no tener pecado venial en ese caso.

Paulina. Pues ¿qué? ¿Sería muy malo comulgar en pecado venial?

Macaria. Por lo que á mí toca, yo te aconsejaría que lo hicieses, sin haber antes procurado con todo esfuerzo purificarte de él.

Lorenza. Díme: ¿y por qué es eso?

Macaria. Porque mientras mas pura está el alma, mas gracia recibe.

Paulina. Una vez que este Sacramento tiene virtud para borrar los pecados veniales, no parece tan precisa aquella diligencia.

Macaria. Concedo que tiene esta virtud: pero no es ese el fin principal, para que este sacramento fue instituido.

Lorenza. ¿Qué ventaja pues, encuentras tú en que se llegue á este Santo Sacramento, sin pecados veniales?

Macaria. Muy grande; porque entónces toda la eficacia de este Sacramento se convierte en aumento de la pureza misma que ya se tenía.

Paulina. Esa razón me parece muy buena, ciertamente.

Macaria. Lo es en efecto; porque como la virtud de este Sacramento es limitada y fija á determinado efecto, si se emplea en una cosa, no puede emplearse en otra.

Lorenza. Instrúyenos ahora, si gustas, acerca de la última disposición, que es, tener gran deseo de comulgar.

Macaria. Esta disposición es indicio y prueba clara de las otras dos.

Paulina. ¿Cómo es eso? Dí.

Macaria. Porque este gran deseo es como una consecuencia natural de la pureza de corazón, y del amor á Jesucristo.

Lorenza. Yo creía, que no se necesitaba mas que concebir este deseo, y que no había cosa mas fácil.

Macaria. Si lo hubiese de ser este un deseo puramente natural, tenías razón para discuir de ese modo; pero aquí se trata de un deseo mucho más excelente.

Paulina. Pues ¿Cómo debe ser, para que sea conforme tú lo pides?

Macaria. Debe nacer de un corazón puro, y lleno de un ardiente afecto á Jesucristo.

Lorenza. ¿Y qué? ¿Sin eso no habrá absolutamente deseo?

Macaria. Podrá haberle, sí; pero será aquél gran deseo que requiere San Francisco de Sales.

Paulina. siendo esto así; ¿qué disposiciones no se necesitarán para comulgar aun mas frecuentemente, que cada ocho días?

Macaria. ¡Ay de mí! Para eso era menester ser enteramente un Angel y un Serafin: un Angel en pureza; y un Serafin en amor. Más, como eso no es posible en esta vida, San Francisco de Sales pide solamente, que, además de las disposiciones que acabamos de referir, se haya vencido ya la mayor parte de las malas inclinaciones.

Lorenza. ¿De que modo y en qué podrán conocerse estas?

Macaria Consultando á vuestro corazón; oyendo á vuestras amigas; inquiriendo todo lo que aflige al prójimo; lo que á vosotras mismas os sirve de molestia, y lo que pueda desagradar á Dios: Eso es lo que se necesita tener ya destruido por la mayor parte.

Paulina. Bajo de este supuesto, muy pocas personas hay que sean capaces de comulgar frecuentemente.

Macaria. Caso que hay pocas que sean capaces de

eso, podrán llegar á serlo, si trabajan y se aplican á este fin.

Lorenza. Pero será muy costoso este trabajo,

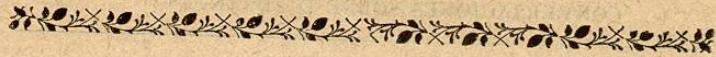
Macaria. No tanto como vosotros pensáis? pues apenas se ha puesto mano á la obra, cuando todo se allana y facilita.

Paulina. Mucho es lo que con eso nos animas.

Macaria. Pues, como el impulso que manifestáis tener á la Sagrada Comunion, sea sincero; nada se os hará costoso, para procurar disponeros dignamente á ella.

Lorenza. Sostenidas y alentadas con lo que nos has dicho. vamos á trabajar sobre esto con todo el esfuerzo posible: ruega á Dios nuestro Señor, que bendiga nuestras resoluciones.





Conversacion LXXI

SOBRE LA MEDICINA

Melania. Por cierto, estás bien triste y bien abatida: ¿qué es lo que tienes? Dí, si gustas.

Fabiola. ¡Como podré menos de estarlo! ¿Ignoráis acaso, á qué me veo sentenciada?

Melania. ¡Qué! ¿Has caído por ventura en manos de la Justicia?

Fabiola. No por cierto: pero yo no encuentro diferencia alguna entre esto, y entre caer en manos de la Medicina.

Melania. ¿Qué es lo que dices? ¿Tú sabes lo que hablas? ¿Lo has pensado bien? Mira, que esa disposición en que te hallas, toca ya en desesperación.

Fabiola. Tienes razón en eso: y cualquiera desesperaría gustosamente, al mirar delante de sí á los médicos y cirujanos.

Melania. Y ¡qué! ¿Es eso lo que te tiene tan triste y tan abatida? Yo creí, cuando te ví de esa suerte, que todos tus Deudos se acaban de morir repentinamente.

Fabiola. Un medicamento, ó una sangría, os confieso que me afligen casi tanto como todo eso: ¿acaso estamos en este mundo para ser de esa manera despedazadas, ó entregadas á la amargura? A tanta cosa, yo no estimo la vida.

Melania. Permíteme que te hable como amigo; esa es una debilidad muy grande. Seguramente no es la razón la que te hace explicarte de este modo; sino la viva expresión de la pena que padeces: ¿dónde está la virtud? Cree que es faltar notablemente á ella, el temer tanto una picadura como de un alfiler, ó un momento de disgusto. ¿Qué? ¿No debes apreciar en algo mas que esto, tu salud?

Fabiola. Yo sí soy amante de la salud; pero no amante á tanta cosa.

Melania. De esa misma suerte discurría yo cuando niña; mas, después que he dejado de serlo, ya no pienso así, ni me cuesta trabajo resolverme á todo, cuando es menester.

Fabiola. Ese es gran valor, sin duda: ¡qué no tuviera yo tanto entendimiento, para tener tanto ánimo!

Melania. Mucho gusto me da ver, que piensas mejor; y no menos gozo, el que te avergüences de tu misma cobardía.

Fabiola. No puedo ocultarla: mi rubor es tan gran-

de, como mi flaqueza; pero en adelante quiero ser mas racional, por no ser ya tan pusilánime.

Melania. Según eso, ¿no has de ser, como hasta aquí, enemiga de los remedios; ni tampoco de los que los recetan y ordenan?

Fabiola. No por cierto, siempre que fueren necesarios; pues si yo te digera, que había de ser amante de ellos, acaso no lo creerías muy bien.

Melania. Cosa bien descaminada sería el amarlos, cuando no fuesen menester: y así yo me daré por muy contenta de que te sujetes á ellos, cuando llegue el caso.

Fabiola. Si no me pides mas que esto, yo me rindo, y te cedo la victoria.

Melonia. Después que estés ya curada y buena, hablaremos acerca de la salud, que será un asunto mas agradable; y entretanto cuenta conmigo como verdadera amiga suya.



Conversacion LXXII

SOBRE LA SALUD.

Alodia. Ahora tenemos que hablar acerca de la *Salud*. Y desde luego confieso ingénuamente lo mismo que pienso: yo no pido ni deseo tampoco vivir largo tiempo; pero sí quisiera mantenerme siempre sana y robusta.

Asela. Yo por mí, uno y otro apetecería.

Atala. ¿Cómo se puede apetecer vivir mucho tiempo en una tierra, donde se vive tan felizmente?

Asela. No sé yo, qué deciros; ello es, que siempre gusta el vivir.

Alodia. Sí; el vivir felizmente.

Asela. Feliz ó infelizmente, yo tengo mucho gusto en vivir.

Atala. Tú no sabes lo que dices: ¿por ventura es vivir felizmente?